

A-C.137/10

A. C. 137/10

ΗΣΠΕΡΙΑ

LIBROS HISPANICOS

PLAZA LOS SITIOS, 10

ZARAGOZA

^R
90183

DISCURSO

LEIDO

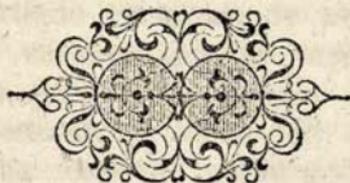
POR EL SEÑOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO,

ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

en el acto de su recepcion

como individuo de dicho cuerpo.



ZARAGOZA.

Imp. y Lit. de M. Peiro.—Coso núm. 116 —1853.

50183

LIBRO

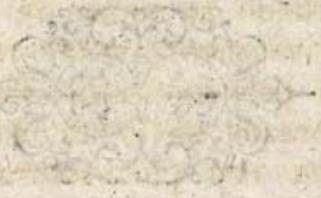
LIBRO

LIBRO

LIBRO

en el año de su recepción

como se hizo en el



LIBRO

LIBRO

SEÑORES:

A impulsos de una ambicion no bastarda, aunque tal vez algo impaciente, he llamado á las puertas de la real Academia española, y abriéndomelas de par en par esta corporacion illustre, rinde mi voluntad al blando yugo de la gratitud, que me durará lo que la vida; empeña mi decoro en justificar á la larga que para el hombre honrado sirven de vigilante despertador y de estímulo vigoroso hasta las recompensas prematuras; colma súbito mis deseos, y temple mi alma á las emociones del alborozo. Pero como entre las flores nacen espinas, y las venturas de la tierra no son cabales, amargá hoy la mia, con ser tanta, la reflexion triste de que, para penetrar en este venerando recinto, estampo forzosamente la huella sobre la losa de un sepulcro. Otros han recibido ya y guardado en menos de un lustro las cenizas de claros varones que al exhalar el postrer aliento, dejaron perpétua memoria en la Academia y anegado mi corazon en llanto. El que, unido en amistad estrecha con el restaurador de la poesia castellana, se animaba á ser gallardo intérprete de Horacio, y aprendia en Turgot y Necker la manera de administrar con gloria, y en Demóstenes y Ciceron el arte de hablar como un libro; el que sobresalía entre los alumnos de Newton, y arrancaba á la suave lira tonos que parecian ecos del inimitable nùmen de Virgilio y de la grata melancolía de Rioja, y se alzaba como fanal esplendoroso para servir

de Norte á la juventud de su patria; el que bajo artesonada techumbre tuvo cuna, y entusiasmado en la mocedad ante el diligente afan de un extranjero por simplificar la instruccion de la infancia, complaciase en dedicarle noblemente las primicias de su lozana musa; y escuchaba despues su himno epitalámico mientras combatia en la hueste de los últimos que han tenido ocasion de acreditar su legitima descendencia de los mártires de Sagunto y de los héroes de Covadonga, y sabia ser popular y magnate, y maridar en su ameno trato la sublimidad con la llaneza; todos cooperaron al lustre y fueron ornamento de la real Academia española; y todos, cuál con su vehemencia, generadora si propicia, y esterminadora si contraria; cuál con su inagotable y paternal dulzura; cuál con su docta familiaridad, sin aliño á veces, mas nunca fuera de los términos del buen gusto llevaronme como de la mano por el sendero que me trae á la última jornada en presencia de este señalado concurso, quien sin duda ha ido pronunciando los nombres de los que me inspiran tan débil muestra de agradecimiento, de veneracion y de cariño. ¡Graves maestros y amigos afectuosos, que, si al eco de mi voz cobraran vida, llenos de júbilo y reconociéndome por su hechura, me estrecharían en los brazos! Y de cierto no estuvieran ociosos los del gran poeta y crítico eminente, de quien voy á llenar el número, no el vacío, en la sábia corporacion que anhelosamente le busca, y qué, echándole de menos le llora. Es, no obstante, alto designio providencial que el tiempo, infatigable ministro de la muerte, y aun quizá cruel en secar al cabo las lágrimas que brotan á compás de sus fieros destrozos, nada pueda contra las glorias que promulga el sonoro clarín de

su invicta rival, la fama. Dias ha que repite el nombre de D. Juan Nicasio Gállego, y que se oye con aplauso unánime en los vastos países donde predominaba España cuando su grandeza no cabia en dos mundos. Sí, señores; especialmente en el de Colon, apenas hay quien ame ó cultive las letras sin que se deleite en formar un ramillete primoroso con las esparcidas flores que el cantor sublime de la victoria de Buenos-Aires cojia sin esfuerzo sobre la cumbre del Parnaso; y entre nosotros siempre que saludamos los primeros verdores de mayo á la sombra de los sauces y de hinojos ante una pirámide sepulcral, cimentada sobre laureles, resuena solemne y magistrosa aquella nunca bien celebrada elegía, semejante, en mover al dolor, á las lamentaciones del profeta de Jerusalem, y en acalorar el patriotismo, á las Mesenianas de Tirteo. ¿Quién no sacaba fruto copioso de aquel instructivo decir que embelesaba los sentidos y encadenaba las voluntades? De imaginacion galana y juicio muy certero, veníasele naturalmente á los labios el argumento mas concluyente en los debates, la especie mas oportuna en las conversaciones, el consejo mas provechoso en las consultas, ora ilustrando los entendimientos con observaciones peregrinas, ora moviendo á meditacion profunda con citas graves, ora escitando risas aprobatorias con incisivas agudezas. Tan indolente para fomentar la celebridad propia como solícito en procurar la ajena, sorprendíale acaso la luz del sol tras larga vigilia dedicada á examinar borradores hacinados siempre sobre su mesa de estudio, y á convertir frecuentemente en vistoso monumento la masa informe, en magnífico vergel la frondosa maleza, y á dar, como Ezequiel, á huesos áridos robusta y duradera vida. El

elogio de tan privilegiado ingenio se resume en sencilla frase: con sus producciones dadas á la estampa no hay manera de formar un tomo que haga mediano bulto, y sin embargo las generaciones futuras dirán envanecidas su gloria mientras la antorcha de la civilizacion difunda sus rayos sobre España.

Viniendo en pos de quien tales alabanzas merece, y no siéndome dado seguirle sino de muy lejos, por mas que mi eficacísima voluntad se empeñe y mi tenaz perseverancia se obstine, solo á favor de la benevolencia de los que han acreditado tanta con ponerme en situacion de poderles llamar compañeros; solo en la confianza de que el respetable auditorio se compone casi totalmente de amigos, á quienes mal cuadraría tal dictado si no se manifestáran indulgentes, me atrevo á presentar el discurso que en las recepciones académicas figura al par como laudable costumbre, autorizado requisito y mandamiento reglamentario. Al escoger asunto, he fijado la consideracion en los tiempos en que por el género de mis actuales estudios vivo, en el carácter sacerdotal del académico á quien sucedo, y en la indole de la corporacion distinguida que me recibe entre los suyos; y desde luego háme parecido que á todas estas circunstancias corresponde una puntual y breve reseña de lo que fué la Oratoria Sagrada Española en el siglo XVIII.

España, en la edad áurea de sus letras, tuvo no pocos hijos que profesáran las divinas magistralmente: sus misioneros conquistaban para Dios el Nuevo Mundo, sus doctores eran asombro de los católicos en Trento, entre sus teólogos se contaban Luis de León y Melchor Cano, entre sus místicos, San Juan de la Cruz y Santa Teresa; y traen fecha de aquellos años

libros como el *Espejo de consolacion de tristes*, *Las postrimerias del hombre*, el *Tratado de la Magdalena*, y tantos mas, cuya simple enumeracion llenaria mucha parte del tiempo á que trato de reducir mi discurso. Entonces subian tambien á la cátedra del Espíritu Santo los venerables Juan de Avila y Luis de Granada, á quienes parece dificil igualar, y punto menos que imposible esceder en la seráfica tarea de enardecer á los vacilantes y de santificar á los devotos. Compatriotas de Quintiliano y contemporáneos de Vives, sabian que la oratoria es arte, y que sin estudiarla no se conoce, y para aplicarla al púlpito fructuosamente, sacaban la enseñanza de los puros manantiales de la Escritura y de los padres de la Iglesia que fecundaron mas y mas el árbol del Gólgota, ya regado con la sangre de los que inmortalizaron en el martirio: ilustrados por la lectura y fortalecidos con la oracion todos cultivaban la viña mística sin descanso, y en copiosa vena manaban de sus lenguas y plumas los ricos tesoros del habla castellana, recónditos antes como los metales preciosos en las entrañas de tierras nunca holladas por planta de hombre: discípulos del Maestro Divino, que ansía tener en rededor á los pequeñuelos y llama á los pobres de espíritu bienaventurados, esplicaban con elocuente sencillez las verdades del catolicismo; y asi estirpaban la cizaña y hacian que la mies creciera abundante, y los pueblos recibíanlos en triunfo y los despedian con llanto, y despues de reverenciarlos en vida, cuando los contemplaban pasar á la eterna, desfallecian de congoja y los buscaban en los altares.

A últimos del siglo resplandeciente con lumbreras de tal magnitud, perdían los oradores sagrados su mejor modelo en el autor de la *Guia de pecadores*, y

arrojaba en las aulas un semillero de disputas la obra del jesuita Luis de Molina, titulada *Concordia de la gracia y libre albedrio*; disputas en las cuales habian de olvidarse los doctores de estudiar la teología en sus fuentes, y de no atribuir eficacia á los argumentos fundados en autoridades de nota, y de ceder al funesto contagio de seguir la opinion particular, probable y de menos verosimilitud que la agena. Este origen tuvo la adulteracion de la enseñanza y la decadencia de la oratoria, aunque no viniera el daño de golpe: que tampoco se nos oculta súbito el astro del dia, ni se impregnan de amargor las aguas de los rios tan luego como desembocan en los mares.

Al coleccionar el librero Iniguez de Lequerica varios sermones funerales á la muerte de Felipe II, hizo un gran servicio á la literatura, porque allí se descubré el matiz donde se altera la luz en caos, la armonía en desconcierto, el buen gusto en extravagancia, y la tersura del lenguaje en hinchazon áspera y confusa; admirándose por ejemplo, en fray Agustin Salucio como vestigios de los predicadores que habian procurado elevar á Dios los ánimos de los oyentes, y columbrándose en fray Alonso de Cabrera como preludios de los religiosos que iban á ocupar el púlpito dia tras dia, sin mejor designio que el de conseguir personal aplauso. Años adelante, mientras se mantenía á pié firme en la buena senda el obispo de Albarracin, fray Gerónimo Bautista de Lanuza, gozaba de reputacion muy alta en la corte fray Hortensio Felix Paravicino, el Góngora de la Oratoria Sagrada. Sus imitadores, menos doctos y mas afectos á relumbrones de oropel, multiplicáronse prodigiosamente entre la sociedad sobrecogida y abrumada con los crímenes y las desventuras de que dan testi-

monio los *Avisos* de Pellicer y los *Memoriales* de Martínez de la Mata, y pintada al vivo en las comedias de Calderón y en las sátiras de Quevedo. Aun ostentaban en las manos fray Lorenzo de San Nicolás, la escuadra; Cano, el buril; Murillo, el pincel; Rioja, la lira; la pluma de historiador, Solís, y la vara de la justicia Salgado: aun se escuchaban acentos persuasivos como los del venerable Palafox, que, glosando al Crisóstomo, encomiaba sobre todos los galardones aquellos prometidos á los que sirven á Dios en el ministerio superior de gobernar las almas; y ya, al decir de la venerable Agreda, trocaban los predicadores el fin de la gloria divina en el de su estimacion vana; reducían á sutileza de ingenio propio la doctrina buena, santa y pura; cifraban su orgullo en admirar y entretenir á los oyentes, y no poseian virtud ni eficacia para penetrar los corazones.

Sin salir del real convento de San Gil, fuera muy fácil bosquejar el menoscabo de la Oratoria, limitando el estudio á los panegíricos pronunciados en las exequias de los reyes. El autor del de Felipe IV afirma que la órden franciscana es en sentido místico Ester, niña, huérfana y menesterosa, recogida por Mardoqueo: en comprobacion del asenso que merecen las aseveraciones de los monarcas, cita una bula de Alejandro VII y el «escrito está lo escrito» de Pilatos, y desvirtúa la sublime escena de la conversion del Buen Ladrón, en que tan admirablemente se comprendian los méritos del arrepentimiento y los prodigios de la gracia, mostrándole en figura de un pretendiente que entrega su memorial al Hijo de Dios, para que lo examine cuando esté en su reino, y que se maravilla de que lo desdoble al instante y se lo despache entre aquella tempestad de congojas. Otro

religioso del mismo convento hace á Cárlos II competidor de Jesucristo en reinar padeciendo, morir reinando y reinar despues de la muerte: improvísale un epitafio en que le atribuye las dotes que ilustraron á los soberanos españoles mas esclarecidos: luego le parece difuso y lo borra, y muda en él que los israelitas pusieron á Josué, alabandole como a siervo de Dios solamente; y al cabo termina con la sospecha de que, aun saliendo bien librado, por haber sido rey, no iria al cielo sin detenerse en el purgatorio; todo con profusion de citas profanas, y de conceptos enmarañados, insulsos y toscos, y de retruécanos de campanudo sonsonete.

El siglo XVI habia legado al XVII joyas místicas de valor sumo bajo el aspecto religioso y literario; en ambos sentidos el siglo XVII no transmitia al XVIII mas que escoria. Cuando la dinastía borbónica subió al trono, la elocuencia del púlpito estaba sumida en el mayor abatimiento y sin apariencias de lograr suerte menos infausta. Porque á la sazón, segun datos irrefutables, los cursantes de las escuelas, en vez de una matrona ataviada escrupulosamente, hallaban en la filosofia una dama acicalada y cubierta de falso brillo, amiga de altercar sobre todo, y que, euredada en sutilezas, ensoberbecia á sus sectarios, haciéndoles imaginar que penetrarian los mas escondidos arcanos de la naturaleza si llegaban á manejar ciertas fórmulas de ecsótico aparato, y que en ultimo analisis no significaban cosa que ignorára el vulgo; y al grave estudio de la Escritura, de los dogmas de la religion santa, de su moral, y de los fundamentos sólidos del cristianismo, se habian sustituido para los alumnos de las ciencias sagradas, ardientes disputas nutridas por el espíritu de par-

tido y oscuras á la inteligencia, hipótesis extraordinarias, cuestiones quiméricas y de solución imposible, solemnes bagatelas, que acaloraban á personas muy formales y en que perdían lastimosamente los años unos jóvenes que, bajo otro método de enseñanza, fueran timbre de la Iglesia, y honor de su país nativo, y que, así descarriados en los estudios, llenos de grados académicos, hinchados de vanidad y con aire de suficiencia, se engolfaban cada vez mas en el laberinto del mal gusto. Alarde hacían de erudición vasta, y teníanla muy artificial y somera: en lugar de meditar sobre la *Biblia*, se iban á sus concordancias por el sonido de las voces, para hilvanar después los textos á su antojo: en vez de los santos padres, de los teólogos afamados y de los controversistas eminentes, consultaban los Polianteas, los calendarios de fiestas gentílicas y los teatros de los dioses: nadie abría la *Retórica eclesiástica*, escrita en latín por fray Luis de Granada; y el *Mundo simbólico*, monstruoso engendro de una imaginación delirante, andaba en las manos de todos: como la crítica había perdido sus fueros, los predicadores prohijaban toda especie que les hiciera al caso, para exornar paradojas, concordar despropósitos y dislocar verdades, á tal de hallarla en letras de molde, cuando circulaban impresos libros como *El ente dilucidado*, sin igual en el hacimiento de absurdos. Así en la casa del Señor se encontraba menos edificación que deleite; sonaban mas amenudo los donaires que las sentencias, y las carcajadas que los sermões, y se aprendía mas mitología que Evangelio; como que sus extraviados ministros citaban por símbolo de la caridad á Cástor y Pólux, confederando al signo Géminis en dulce abrazo; denominaban á San Miguel, Marte de

a ley de Gracia, y comparaban la immaculada Concepcion de la Virgen á la supuesta de Venus en la espuma del mar Egeo, la Encarnacion del Verbo Divino en el seno de María Santísima al estopro de Danae, y la gloriosa venida del Espíritu Santo en lenguas de fuego, al impúdico descenso de Júpiter en lluvia de oro sobre el regazo de aquella belleza.

A esta manera de predicar, llamada culta con escándalo del buen sentido, se agregaba la terrorífica practicada por los misioneros, al tenor de las *Instrucciones predicables y morales* de fray José Gabarri, entre las cuales ninguna es conducente a inflamar en el amor de Dios los pechos cristianos; pues las palabras que, observándolas á la letra, decian siempre en son de amenaza; las saetillas que cantaban en lugubre tono; el cuadro que enseñaban al aire libre con la imágen de un condenado y la de un justo, podrian amedrentar las gentes y desviarlas del pecado interin se les iba el miedo; mas no poseian virtud para inclinarlas á que adoráran al Señor de todo lo criado, por sus inmensos beneficios y sus sacratísimos atributos. Con vincular sin alternativa los misioneros en las efimeras conquistas del terror sus victorias, imitaban á los escultores del tiempo, que, al representar las dolorosas y magnas escenas de la Pasion del que vino á redimir al mundo, esmerábanse en procurar que se destacára del cenáculo la figura del traidor Judas, y del Calvario la del blasfemo Gestas, lográndolo de modo que dificilmente se para la atencion en Jesus y en sus demás apóstoles, y en Dimas, y se muda la impresion de espanto en fervor de tristeza, en presentimiento de consolacion y en arrobamiento de ternura: y ¡es muy singular que mientras en nombre de la fé y con mengua de la caridad

ardían continuamente las hogueras inquisitoriales, fueran para España llegados los días en que los sembradores de viento cosecháran solo torbellino, en que los pueblos padecieran hambre y sed de la palabra santa, y en que los párvulos demandáran pan sin hallar quien se lo partiera!

Escritos están é impresos corren sermonarios sin cuento, el *Florilugio Sacro*, en cuya portada se llama frondoso Parnaso á la iglesia, y fuente Aganipe á Jesucristo; *El César ó nada y por nada coronado César*, *San Felix de Cantalicio*, y *Ecos sin voz y voz en ecos de nada*, donde se vanagloria el autor de tener de su parte á los discretos, y de no escribir para rudos; el que se titula *Trompeta evangélica*, *alfanje apostólico y martillo de pecadores*, aunque es ciertamente de los menos altisonantes; escritos están é impresos corren sermones sueltos á centenares, con los epígrafes de *Misteriosas citharas y sonoras cifras de voces*, *Ecos sacros de alternados concéptos*, *Fúnebres encomios y oraciones declamatorias*; sermonarios y sermones que, leídos, hacen perder la gravedad al mas adusto, y que meditados, ruborizan y aflijen al menos devoto, y mayormente viéndolos autorizados con multitud de censuras y aprobaciones de religiosos muy condecorados, pródigos al par en tributarles alabanzas de que solo serian merecedores los Gerónimos y los Agustines.

Aunque llevando sobre la frente el sello de la universal epidemia, y ostentando un esplendor semejante al de los relámpagos, que en vez de iluminar, ofusca y deslumbra los ojos, ya el jesuita Vieira, en sus sermones cuaresmales, y el obispo de Cadiz, Balcázar, en sus *Despertadores*, habian intentado, á fin del siglo XVII, rescatar la oratoria sagrada del cau-

verio del culteranismo; pero, cual si los alzarán en vastos desiertos, sus clamores se apagaron sin eco alguno. Tuviéronlo, por dicha, más tarde en Macanaz y Feijóo, cuyos nombres son familiarísimos en todo el orbe civilizado: al demostrar aquel que *estando la religion segun merece, està la monarquía como se debe*, exortaba á Felipe V á segregar del púlpito los profesores poco sabios que, aliados con la barbarie de sus discursos, declinaban ó se apartaban del Evangelio, y fertilizaban sus sermonarios con inconsecuencias vituperables, escandalosos temas y proposiciones notoriamente erróneas, torpes y audaces: este aconsejaba á los religiosos entendidos orar siguiendo á los antiguos, de suerte que el sermón tuviera todos los primores de eficaz, elegante, metódico y erudito, aunque los predicadores vulgares siguieran el ripio de sus puntos, sus piques y repiques, sus preguntas y respuestas, sus reparos y soluciones, sus mases, sus por qués, sus vueltas y revueltas sobre los textos, y, lo que era peor de todo, las alabanzas de sus propios discursos. Instigado Mayans y Siscar por igual sentimiento, daba á luz un libro de utilidad suma, titulado *El orador cristiano*; y el primero de nuestros Borbones demostraba patente anhelo de que se extinguieran tales abusos, erigiendo, á instancias del marqués de Villena, la real Academia española, para que limpiara, fijara y diera esplendor á la rica, eufónica y magestuosa lengua de Cervantes.

Sin embargo, todo un Feijóo, nacido para desterrar errores comunes, y para ser el Colón de su tiempo, dotando con un nuevo mundo intelectual á España, habíase ayudado en el ministerio de la predicación al uso corriente; y *El mercurio cristiano*, panegírico

hecho por el académico fray Antonio Ventura de Prado en las honras del que fundó esta corporacion preclara, y la dirigió por espacio de un cuarto de siglo, adolece superabundantemente de todos los vicios que mancillaron la elocuencia sagrada, y contrasta de una manera muy notable con el elogio histórico del mismo dignísimo prócer, leído en junta particular de la Academia por D. Blas Antonio Nasarre, y ya muy limpio de hojarasca de emblemas y de algarabía de vocablos.

Limitado como es el *fiat* humano, solamente á la larga dá fruto; y antes de que lo produjeran las semillas echadas para que retoñáran la pureza de la doctrina y el gusto literario, era menester arrancar de raíz las preocupaciones, porque los ministros evangélicos ignorantes, despues de ceder sin resistencia á la degradacion tan deplorable y de infestar los auditorios, se oponian al restablecimiento de lo antiguo, calificándolo de nuevo; los ministros evangélicos inteligentes, á semejanza del padre don Nicolás Gallo, si purificaban en mucho la sustancia de sus sermones, no se atrevian á despojarlos por completo del abigarrado ropaje de moda: y los ministros evangélicos mediocres se ladeaban hacia los corruptores permanentes del púlpito, sin atrevimiento para hacer cara á la pasajera mofa de quienes se interesaban por la duracion de un sistema en que la imaginacion hacia la costa y el buen juicio andaba de huelga, y en que, con hojear unos cuantos librotos, estaba por demas el estudio, y se pasaba plaza de sábio. Duele decirlo; pero hay plagas tan hondas que resisten al bálsamo y necesitan del cauterio.

Poco despues de mediar aquel siglo, un hombre de espíritu generoso, el padre José Francisco de Isla, es-

grimía á favor de la buena oratoria sagrada las armas usadas contra los libros de caballería por el ilustro manco de Lepanto. Citar á estos dos ingenios juntos, no equivale á parangonarlos de ningun modo; nadie, por corto de vista que sea, confunde la luz del gas con la del sol, y un grano de arena con los Andes. Ni esto disminuye el renombre del padre Isla, ni amonora el crédito de la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, impresa en sazoadísima oportunidad y recibida con estrepitoso y legitimo aplauso. *Fray Gerundio* era un tipo que se encontraba al revolver de cada esquina, y al asomar por todo convento de frailes; á quien se oia tal vez en las plazas, y de seguro en cualquiera funcion de iglesia; tan de bullo se mostraba el original del bien parecido retrato que el mas rústico le conocía al golpe y le señalaba con el dedo.... No maravilla que la primera edicion se despachará en brevisimas horas, ni que llovieran folletos contra el autor y el libro, ni que á las puertas del Santo Oficio se atropelláran los delatores heridos en el amor propio; si causa estrañeza, como decía fray Francisco Ajofrin, capuchino y lector de teología en el Pardo, que los religiosos se ofendieran tan ágriamente de un soñado fray Gerundio y no echaran de ver tantos Gerundios, no fantásticos sino reales y efectivos, como ellos mismos abrigaban con su mal ejemplo, diferenciándose grandemente en que aquel se vendía por fabuloso, y estos se apreciaban como evangélicas verdades; y todavía asombra mas que el consejo de la suprema y general Inquisicion prohibiera al fin el *Fray Gerundio* por contener proposiciones sediciosas, mal sonantes, *piarum aurium* ofensivas, injuriosas gravemente á las sagradas religiones y predicadores del Santo Evangelio, con

irreverencia y abuso de la escritura. ¡Fallo inconcebible y capaz por sí solo de desconceptuar á un tribunal que permitía á los predicadores hacer de ventrílocuos, fingiendo entablar diálogos con los espíritus infernales, y aterrar con crujir de cadenas, y encender faroles para buscar las almas perdidas, y hachas para figurar como que se quemaban los brazos! Fallo notoriamente injusto, mientras corrían sin estorbo sermones parecidos á los del descendimiento con visos de farsa de teatro; á los de la *funcion de enemigos*, donde se violentaban las reconciliaciones á compás de tremendos anatemas; ó á los de la *funcion de juramentos y maldiciones*, en que los misioneros y los fieles salían por las calles dando *vivas* y *mueras* como asonados ó dementes! Espectáculos de esta clase, que lastiman la fé, sublevan la razon y repugnan al espíritu y letra del Evangelio, estaban autorizados por los mismos inquisidores, que unánimes dirigían su ardor fanático á interceptar la única vereda que podia conducir al sendero trillado por los Villanuevas, los Osunas, los Oñas, los Rivadeneiras y los Chaidés, habiéndose ya experimentado todas las demas sin salida. Afortunadamente no estaba en mano del Santo Oficio parar el golpe descargado por el padre Isla sobre los profanadores de la oratoria: su libro, circulando mas de dos años desembarazadamente de lugar en lugar, y de casa en casa y de individuo en individuo, habia destituido ya los opuestos campos: en el uno se hallaban los religiosos de estensas luces con todo el pueblo; en el otro los que no tenían caudal para salir de la condición de Gerundios, desgañándose furiosos entre escaso número de oyentes.

Los tempranos efectos del cambio operado al instante por el libro del padre Isla, se tocan en la ora-

cion fúnebre dicha en las honras de don Agustín de Montiano y Luyando, el marqués de Villena de la Real Academia de la Historia: tóvola á cargo fray Alonso Cano, miembro de la misma, y cabalmente trinitario calzado ni mas ni menos que el que veinte y siete años ántes hizo el panegírico del fundador de la Real Academia española. Luyando y Cano habian estampado su nombre al frente del *Fray Gerundio de Campazas*, en carta particular el primero, al pié de la censura eclesiástica el segundo, y ambos en el sentido de ser la obra uno de aquellos felices pensamientos que sugiere por último arbitrio el apuro ó el despecho, en lances apretados, viendo frustrados los medios mas directos y propios, é infecundas las amonestaciones ligeras y suaves; no era de recelar por tanto que la voz del uno vibrára enfática y desentonaada sobre las cenizas del otro. Fray Alonso Cano habia ocupado el púlpito veinte años, y dejándolo de ocupar otros veinte, figuraba como espectador silencioso entre los últimos extravíos y los primeros aciertos de los oradores cristianos de su patria y siglo, cuando no pudo ni quiso escusarse de rendir el tributo postrero á la digna memoria del director de su Academia. Y se lo rindió positivamente lleno de nobleza y ternura, no dedicándole aquellos encarecimientos pomposos con que el predicador poco instruido de su ministerio se convertía en un declamador profano, sino siguiéndole de virtud en virtud hasta ver en Sion al Dios de los Dioses; no reproduciendo el árbol genealógico de su abolengo para dar bulto á una nada, que ya habia dejado de ser, con otra nada de mas antigüedad, sino recordando la integridad de sus costumbres, la aplicacion á las obligaciones de su empleo, la profusion de su corazon para hacer

bien á todos, y el fondo de probidad que rebosaba en su conducta. Bajo este plan sencillo y verdaderamente religioso, armoniza el arte con el ingenio, mezcla citas de la Escritura con reflexiones muy al caso, y compone una oracion muy recomendable, ya que no perfecta, porque dista de serlo toda obra humana, y tambien porque se notan resabios de pésimo gusto; como que los primeros pasos en la restauracion de la oratoria sagrada española fueron dados por aquellos á quienes se habia inoculado desde la infancia el virus del culteranismo, y no es hacedero mudar de inclinacion y costumbre como de morada y vestido. Y tan es asi, que el mismo fray Alonso Cano, que en 1757 aprobaba la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, repimrimía en 1766 y dedicaba á la Real Academia española las *Oraciones evangélicas* del religioso de su misma orden y hasta de su convento, fray Hortensio Felix Paravicino, aun confesando que *habia dado cuartel á las sutilezas escolásticas y al abuso de las alegorias*, y obstinándose, de consiguiente, en jugar sin aprension con el veneno, despues de haber ya descubierto y aun saboreado la triaca.

En plausible y piadosísima competencia avivaron los prelados con el ejemplo de sus sermones ó la doctrina de sus pastorales el buen sesgo que por instantes iba tomando la oratoria sagrada. Climent, no bien llegado á Barcelona, subia al púlpito de su catedral y edificaba al auditorio con su candorosa modestia; poco despues hacia traducir la *Retórica eclesiástica* de fray Luis de Granada, que vino á ser libro de testo en los seminarios conciliares, y encabezaba la impresion, reproducida muchas veces, con una pastoral en que abundan máximas de óptima ley sobre religion y lite-



ratura; Lorenzana, trasladado de la silla arzobispal de Méjico á la de Toledo, reprobaba que los predicadores mostráran al pueblo calaveras y espectros de condenados; les impelía á desechar raiocinios pueriles y á limitarse á la simple esplanacion de los testos evangélicos en plática elocuente y pulida, don Felipe Beltran antes de ser inquisidor general, mandaba traducir é imprimir á su costa la *Historia de los seminarios clericales* del palermitano Giovanui, y escribia pastorales de mucho nervio sobre el digno ejercicio de la predicacion en su diócesis de Salamanca. Bocanegra y Jibaja, obispo de Guadix, y luego arzobispo de Santiago, que en la cuarta dominica de la cuaresma de 1755 habia demostrado la obligacion en que estan los ricos de hacer limosnas, y los oradores evangélicos de predicar bien la santa doctrina, se espresaba á los veinte años en la pastoral que puso al frente de sus sermones con estas testuales palabras: «Lo que »digo en el sermon de la dominica cuarta de cuares- »ma en órden á los que ejercen el ministerio de la »predicacion, no se debe entender ya en el dia con »la generalidad que allí suena. Entouces habia mu- »chos predicadores en quienes se notaba aquel abomi- »nable carácter que allí se pinta. Hoy está muy re- »formado en nuestra nacion el sagrado ministerio del »púlpito.» Tras estos datos, sobre prolijo, fuera ocioso enumerar todo lo que hicieron los mitrados españoles por el brillo de la oratoria.

Ya no iba al hilo de la corriente quien no coope- raba á este buen fin con su poder, su ilustracion, su voluntad ó su aprobacion, segun su capacidad y su clase. El gobierno consolidaba la árdua victoria mejorando los estudios en las escuelas universitarias, y promoviendo igual reforma en las comunidades mo-

násticas y en los seminarios conciliares: la Real Academia española sobresalía en el empeño, perfeccionando la *Gramática* y el *Diccionario*, y estableciendo premios para estimular á la juventud al cultivo de la elocuencia y de la poesía, en 1777; año que jamás echaré en olvido por la doble circunstancia de ser en el que vino al mundo el varon señalado que llevó al cuello la medalla que ha de condecorarme, y por tenerle tambien grabado en otra que gané en público certámen y es á todas luces mi ejecutoria literaria: los particulares imprimian libros adecuados á popularizar la antigua oratoria; Capmani, con la *Filosofía de la elocuencia*, y mas tarde con el *Teatro crítico* de la Castellana; Sanchez Valverde, con *El Predicador*, tratado en que se determinan los abusos del púlpito y los medios de su reforma; don Pedro Antonio Sanchez, con el *Discurso sobre la elocuencia sagrada española*: Soler de Cornellá, con el *Aparato de elocuencia para los sagrados oradores*, ponian al comun alcance los tesoros de nuestra literatura mística, y testificaban concordés que, sin ser blanco de la befa del mismo vulgo, ya nadie se prendaba de los originales del fray Gerundio de Campazas; y coincidian igualmente en asegurar que la cátedra sagrada habia recuperado en España la persuasion evangélica, la caridad apostólica, la energía profética y la dignidad oratoria.

Adviértese ya este progreso aun antes de que se posesionára del púlpito la nueva generacion de predicadores; sin pasar del año 1773 se pueden citar con encomio el sermon panegírico de San José Calasanz, dedicado por el padre Felipe Scio al arzobispo Lorenzana; y el que fray Anselmo A valle pronunció en las horas de fray Martin Sarmiento, sacando del li-

bro de los Proverbios el tema, y aplaudiendo que los sábios escondan la sabiduría; si bien no satisface á los amantes de ella que monje tan erudito y laborioso ocultara con tenacidad la suya, y mas cuando en el opúsculo doade manifiesta *El por qué sí* se estaba metido en su celda y *El por qué no* publicaba sus libros, se percibe que la causa principal consistía en la repugnancia á sacrificar su propio reposo.

Años despues brillaban dos escelentes oradores, fray Francisco Armaña y don Antonio Tavira, aquel ya obispo de Lugo, y este que habia de serlo de Canarias, celebrando el feliz nacimiento de los dos gemelos del príncipe de Asturias y la honrosa paz que fué ajustada por entonces. Particularmente el sermón de Tavira, prez de esta Academia, es una hermosa pieza oratoria por el espíritu cristiano, el buen método, la sana crítica y el decir elegante, al demostrar que todos trabajan en vano, si Dios no bendice sus fatigas; al ensalzar los beneficios de la paz y las ventajas de la última sobre la de veinte años antes; al exhortar á uno de los régios vas-tagos á que fuera apoyo de su hermano que se habia de ceñir la corona, y á este á que no olvidára jamás que entre verde oliva tuvo la cuna, debiendo hacer sus conquistas en el vasto espacio del corazon de sus vasallos, para gozar la mayor gloria y felicidad cuando ellos le miráran como padre; y no se oyera otro nombre por calles y plazas; y lo pronunciarán como símbolo de consuelo los pobres, los huérfanos desvalidos y las viudas desamparadas; y se lo enseñaran de vuelta en el hogar el labrador y el jornalero á sus hijos como prenda de su esperanza y entre sollozos de ternura. Leyendo esta oracion bellísima bajo todos conceptos, y recordando la im-

ponderablemente éstrafalaria que dijo en el real convento de San Gil, con motivo análogo, fray José de Jesus y Maria el año 1707, al nacimiento de Luis I, se experimenta una sensacion tan consoladora como la que disfruta el náufrago al llegar á seguro puerto despues de sufrir recios temporales; no cabiendo ningun otro paragon entre ambos discursos que el que se podria establecer, por valerme de un simil exactísimo, si material, entre el chabacano frontis del Hospicio y el buen aire de la estructura del Museo.

Al fallecimiento del soberano memorable, bajo cuyo reinado se efectuó esta benefícosa mudanza, no hubo un librero que coleccionara varias oraciones de las pronunciadas en sus honras, al modo que á la muerte de Felipe II; pero hubo muchos que las publicaran sueltas, y el que las junta diligente se regocija considerando que, si á últimos del siglo XVI iba en declinacion visible la oratoria sagrada, florecia en auge á fines del siglo XVIII. Fray Manuel de Espinosa, franciscano, el padre don Antonio Torres, de la congregacion del Salvador, y el presbítero don Lorenzo Irisarri, ante el ayuntamiento, la hermandad del Refugio y la sociedad económica de la córte; el agustino fray Andrés del Corral, en presencia de la vallisoletana; el geronimiano fray Nicolás Porrero, en el monasterio del Escorial; el benedictino fray Isidoro Alonso, en la capilla de San Gerónimo de la universidad de Salamanca; el dean don Joaquin Carrillo Mayoral, en Lérida; el doctor don Antonio José Navarro, en Baza; el canónigo magistral don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, en Burgos, fueron otros tantos ecos de las virtudes y glorias de aquel príncipe augusto, por quien gemia España á coro: todos se

distinguieron como respetables ministros del altar, súbditos afligidos y oradores dignos de loa, sin exceptuar al mínimo fray Antonio María Isola, que hizo igual panegírico en su convento de Málaga, ante la Junta de Reales obras, aunque al pronto se tema que llegue á desafinar el concierto de tan bien acordadas voces, notando que titula el discurso. *Olorosa y dulce memoria del señor don Carlos III, rey de España, en el similitud de la miel y de los aromas*, y todos ellos, sin saber el uno del otro, coincidieron pasmosamente, y cual si se hubieran dado la seña, en escoger los mismos seguros testimonios para legitimar la apología del célebre rey, y derramar lágrimas y bendiciones sobre su tumba.

Allí describen exactamente su piedad, repitiendo lo que solía decir por estas sencillas palabras: «No hay cosa mejor que lo que dispone el amo, y Dios es el mejor padre de familias; en la farsa del mundo me ha tocado el papel de rey; todo lo que tengo es de Dios, y el hombre de suyo no es más que miseria:» allí le muestran, con el corazón siempre abierto á las quejas de los oprimidos, los suspiros de los necesitados y las propuestas de todos los que se interesaban en el bien de la patria; firme en la resolución de gobernar por sí mismo, y de suerte que su voluntad era mandato, su palabra ley, y la ley para todos; vivificando el cuerpo entero de la monarquía con su grande alma, y semejante á aquel árbol de Indias, cuya sombra hace morir á las serpientes y dá nacimiento, y verdor y fragancia á las flores.— *A la cabeza de las tropas españolas consiguió arrancar de las garras del águila la victoria con que ya volaba*, dicen para elogiár su serenidad de ánimo en Velletri— *Siempre tuvo el corazón en los*

labios, espresan para hacer constar la veracidad inalterable de su palabra.—*Parcía que á semejanza de Job, tenia hecho pacto con sus ojos para no fijarlos en ningún objeto profano*, claman esplicando la limpieza de sus costumbres.—*Al fin de sus dias le retiró el Señor el aura suave de los placeres, y le dejó únicamente los desconsuelos y las amarguras*, pronuncian al compendiar sus dolores en el postrer mes de su vida. Y luego que matizan con tintas de igual colorido y viveza el cuadro fiel de reinado tan venturoso; luego que lo ilustran fundados en mejores noticias, y usando de crítica mas selecta, y llevando miras mas altas que Francisco Berattini y William Coxe, únicos historiadores de Carlos III, cuyas obras circulan impresas hasta el dia; luego que pintan al monarca vestido de los brillantes adornos de su grandeza, afanoso por la dicha temporal de sus vasallos, y en el ejercicio de la suprema autoridad, que distribuia gozosamente los premios y economizaba con misericordia los castigos; retrátanle despojado de las ideas terrenales, suspirando por la salvacion eterna, sumiso y edificante en el lecho, sereno y magnánimo en la agonía, y santo en la muerte, con espresiones tales, que, á distancia de aquellos tiempos, y aun perdiendo su natural vigor en mis labios, solo con repetir las hoy, lágrimas de los que me escuchan se les irian por los ojos. ¿Qué prueba mas auténtica de lo que vino á ser la oratoria sagrada española en el siglo XVIII?

Si, dando vueltas al círculo vicioso de espigar tras de los franceses de lo que ellos segaron de la sementera de nuestros mayores, hubo religiosos que leyeran á Bossuet, Massillon y Bourdaloue con artificio de plagiarios, y que descoloraran sus ideas y vi-

ciaran al par el idioma y el estilo castellano con neologismos y recortes de frase, hubolos que los estudiaran como datos de que aun imperaban en el púlpito la sublimidad, la unción evangélica, la afluencia y la solidez de argumentos para corroborar la santa doctrina, cuando estuvieron tristemente olvidadas por los ministros del Señor en la católica nación española. Y ellos propalaban con los ópimos frutos de la predicación suya que España seguía mereciendo el timbre incomparable de primogénita del catolicismo, mientras en Francia no halla mas altar que la guillotina, ni mas sacerdocio que el del tribunal revolucionario, ni mas deidad que la razón, representada por una prostituta. ¡Simbolización maravillosamente providencial, no obstante el frenético desvarío que revela, porque prostituta es la razón que, desnuda de fé, persiste en renovar la desalentada empresa de los titanes, sin que escarmiente tras tanto andar á tumbos, y caer por derrumbaderos, y precipitarse en abismos!

Sí, señores: mientras Francia, reducida á la situación mas aciaga, libraba su única ventura en que saliera el órden de los cuarteles, para aberrojar la libertad en que se revolcaba por las calles, tenia España miembros del clero secular y regular que sobresalieran en el arte de la oratoria sagrada, como en el de la construcción Villanueva, y en el de la pintura Goya, y cuyos sermones hicieran juego literario con la castiza prosa de Jovellanos, las deleitables comedias de Moratin y las magníficas odas de Quintana.

En lenguas de ancianos, que ni leer supieron nunca, andan todavía los nombres popularísimos de fray Diego de Cádiz, que competía con Estella en pintar la

vanidad del mundo, y de su compañero fray Miguel de Santander, que atraía á las gentes al asilo de la penitencia con la inefable dulzura de la madre que enseña á andar al tierno hijo, cuya débil planta vacila, y le ofrece el ósculo de su boca, animándole para que salve la corta distancia que le separa de sus brazos.

Por circular diseminadas no se avaloran en lo que merecen oraciones funebres como la de fray Vicente Facundo Lavaig, presentando al diplomático Fernan-Núñez por dechado de hombres públicos y padres de familia; la de fray José Ramirez, ciñendo al capitán general del reino de Granada, Bucareli y Ursúa, la corona debida á una senectud consumada en los caminos de la justicia; la del individuo de la real Academia española, don Francisco Patricio Berguizas, alabando á su director el marqués de Santa Cruz, por haber obrado lo bueno, recto y verdadero delante del Señor su Dios, á semejanza de Ezequías; y la que se pudiera llamar el canto del cisne del individuo de la real Academia de la historia, don Joaquin Traggia, augurando á la memoria de su director Campomanes, para cuando cesara la envidia, mayor grandeza bajo la cuádruple consideracion de un buen cristiano, celoso patricio, eminente jurisconsulto y eruditísimo literato. De la misma escuela traian su origen el señor Posada Rubin de Celis, á quien hemos conocido todos y que en unas honras militares celebradas el año de 1803, predicaba como inspirado por el espíritu de los profetas, estimulando el honor y la bravura de los vivos con el brillante ejemplo de los finados; don Mariano de Lope, que viendo á los franceses próximos á caer sobre Zaragoza, dirigía á sus briosos naturales, desde el púlpito de San

Pablo un esorto de imposible lectura para quien haya nacido bajo el sol de España, sin que la sangre se le agolpe rápidamente al corazón, y sin que el rostro espresese la indignacion por el engano, y la altivez del patriotismo; y don Nicolás Antonio Heredero y Mayoral, que, llorando sobre las víctimas de los dos sitios padecidos en aquella ciudad no vencida por armas, y haciendo justa remembranza de su heroica prepotencia, no abatía el valor de sus compatriotas, sino que los estimulaba á desafiar á la muerte por encumbrarse á la inmortalidad cumpliendo las estrechas y dulcísimas obligaciones que contraemos desde la cuna.

Aun quedan, por dicha, en la real Academia española dos sacerdotes cuyos estudios radican en el siglo XVIII, y en ellos hemos visto demostraciones inequívocas del grado supremo de prosperidad con que frisaba ya la elocuencia sagrada: uno, que me escucha, y no habla hoy á nombre de la corporacion toda, porque ha estado á punto de perder la voz con la vida, despues de atraer á su parroquia, al reclamo de la elegante sencillez en divulgar el Evangelio, numeroso concurso de las poblaciones aledañas, venia a la real capilla de palacio á esplicar el sublimè Testamento que nos enseña como *no solo del pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios*, en el sentido de que los cristianos tienen obligacion de cultivar su entendimiento para perfeccionarse en el mundo y alcanzar la gloria que jamás acaba: otro, que vive ausente, y cuyo renombre oratorio data de años, lo robustecía mas y mas no hace mucho, *siendo equivalente á todo ún sermón*, segun cierto dicho feliz, su presencia en el púlpito de la santa iglesia de Sevilla, pues iba á predicar la paz en favor de los que la atri-

bularon sañudos, al dar gracias al Dios que pacifica las naciones por haber permitido que, abrazados fraternalmente, dobláran todos los españoles la rodilla ante el sòlio de nuestra amada Reina.

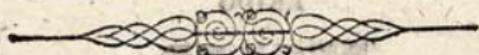
Y fuera inexcusable citar sacerdotes [que viven de los educados en el pasado siglo, y hasta la santa Iglesia de Sevilla, y omitir al prelado venerable que, revestido con la sagrada pùrpura, mantiene el lustre de la mitra de San Leandro, y mas no habiendo enmudecido todavìa para sus diocesanos aquella palabra que, tiempos muy atràs, sonaba elocuentísima en la catedral de Sigüenza. Cuatro no mas son los sermones suyos impresos, y contienen un cuerpo admirable de doctrina: el triunfo del don de la Gracia, vaticinado por Joel y cumplido con la venida del Espiritu Santo, como que asegura la conversion del mundo; la infalibilidad y eterna duracion de la Iglesia catòlica, digna esclusivamente por esto de que el entendimiento humano la crea y acate; el dogma de la inmortalidad, demostrado por la resurreccion de Jesucristo; la impotencia de la moral para inspirar amor á la virtud sin el santo temor de Dios y la esperanza de la gloria, único y sumo bien capaz de satisfacer los deseos infinitos de nuestras almas inmortales, asuntos son que no se conciben sin privilegiada fuerza mental, ni se profundizan sin gran penetracion de juicio, ni se desenvuelven en plática breve y no confusa por quien no se halle muy versado en la filosofia y en las divinas letras. Inspiracion, profundidad y suma claridad en la concision recomiendan sobremanera estos sermones en la sustancia: escelencia de plan, unidat de pensamiento, elocucion de naturalidad magestuosa, y esquisita gala de estilo, son cualidades que les añaden brillo en la forma. Nada parece traído á ellos para os-

tentacion del ingenio propio, y su distintivo especial consiste en la argumentacion robusta, enérgica y predominante que allí campea, lidia y triunfa; distintivo muy suficiente a probar á las claras, que quien tal obra, está muy al cabo de que la tarea del ministro apostólico es no solo enfervorizar á los tibios, sino convencer á los incrédulos en la edad presente, que se nutre de controversia y la necesita á todo pasto.

Por entre densísimas nieblas se vino á parar á tanto esplendor en el siglo de nuestros padres, atravesando muy laboriosamente lo que distan la escolástica sutil de la buena filosofía, y la confusion que aburre de la claridad que embelesa, haciendo resaltar la desemejanza entre el ímpetu de imaginaciones desenfrenadas como los rios que salen de madre, y, derramados por sus márgenes, anegan juntamente los sembrados y la maleza, de la serenidad de los espíritus prepotentes y parecidos á los raudales que, sangrados por acequias y canales, moderan su curso, fertilizan los campos y facilitan las comunicaciones de los pueblos; señalando por gradacion lenta lo mucho que vá del adorno recargado al atavío decoroso, de la erudicion mal digerida al estudio bien sazonado, de la aparatosa y casi profana perorata, que tal vez entretiene y se aplaude á la oracion digna y cristiana, que de cierto cautiva al par que instruye, y en suma, del trinitario Paravicino al cardenal Romo y Gamboa. Un paralelo entre ambos sería el epílogo natural de mi discurso; pero, aun cuando supiera no cansar la paciencia del respetabilísimo auditorio, vedárielo siempre la imposibilidad absoluta de proseguir en tono grave, habiendo por ejemplo de tropezar con la glosa que hizo de las

bienaventuranzas, á presencia de Felipe IV y su corte en la festividad de Todos Santos, aquel á quien se denominaba, al estilo del tiempo, *el predicador de los reyes y el rey de los predicadores*. Y ni sé propender al género festivo, ni debo aventurarme á ensayarlo en el acto solemne que ha de acabar por decorarme con la gloriosa investidura que pone toda mi gratitud en juego y toda mi ambicion en perfectísimo reposo.

DISCURSO



DON JUAN EUGENIO MARTINEZ

EN COMPLECIÓN

AL DE D. ANTONIO FERRELL DEL INO.

si tomar posesion de su plaza de Académico.

DISCURSO

LEIDO

— P O E M A —

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

EN CONTESTACION

AL DE D. ANTONIO FERRER DEL RIO,

al tomar posesion de su plaza de Académico.

Section

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side.



DISCUSSION

JOHN EDWIN MARYENRUSCH

ALDEN D. BROWN

1954



SEÑORES:

Censurando Gracian los varios y comunes desaciertos del vulgo, describió en su *Criticon* una plaza, en donde repartida en corros multitud de personas de toda clase, los soldados murmuraban de los jueces, labradores daban su voto en materias de tráfico, un estudiante imponía leyes á la milicia, ponderaba el seglar la sujecion del sacerdote, y el eclesiástico la soltura del lego, saliéndose cada uno de su lugar para invadir el de su vecino, discurriendo y fallando todos cabalmente sobre lo que estaba menos á sus alcances. Frecuentadores de aquellos corrillos pareceremos, no sin causa, nosotros, que, estraños á la ciencia del púlpito, venimos á examinar á vista de la real Academia española, y de este respetable concurso, cómo desempeñaban en el siglo pasado su ministerio los que en el templo de Dios eran voz de su ley para la católica España. Però en estos breves ensayos, nuestra tarea casi no es de crítica, sino de historia: referimos hechos que no admiten duda, y los calificamos como ya fueron calificados por mas de una autoridad competente; sobre la parte moral, sobre la cuestion de doctrina, guardamos el debido respetuoso silencio. Dedicarse hoy á semejante asunto el señor don Antonio Ferrer del Rio, nace solo de que hallándose ocupada su pluma con el reinado feliz de Carlos III, le era preciso trazar el cuadro de la elocuencia española en aquellos dias, y tomar el hilo de la

narracion desde épocas anteriores. Considérese el discurso del señor Ferrer como un capítulo de la historia que nos prepara, y no habrá quien le culpe de temerario, porque deslinda hoy lo que no pudiera menos de reconocer y medir mañana. Mi justificacion todavía resulta mas fácil. Encargado de contestar al señor Ferrer un docto eclesiástico, grave enfermedad súbita se lo estorba; me mandá la Academia sustituirle, y yo la obedezco. Diez y ocho años de amistad inalterable con el señor Ferrer, bien merece que se sacrifique por mi parte cualquiera especie de vanidad, y no repare en si se aumenta con este la numerosa lista de los folletos insustanciales, producidos por la buena fé.

Hijos de ella serian los elogios que tributase aquí á los escritos con que el señor Ferrer ha conquistado el puesto de donde el brazo de la muerte arrancó al ilustre don Juan Nicasio; pero los opúsculos críticos y biográficos del señor Ferrer, su historia de las Comunidades de Castilla, y el exámen de la turbulenta dominacion de don Pedro, obra que há dos años premió la Academia con una medalla y hoy agracia con otra, viven harto bien quistos en la república de las letras, y no necesitan recomendaciones de amigos.

Menos las reclama el discurso que habeis escuchado. No alcanzándoseme nada en contra; no debiendo repetirle mal en son de aprobarle, me propongo robustecerle con pruebas. Citas escusadas por el Sr. Ferrer adrede, para no afeár la primera parte de su razonamiento, formarán el cuerpo del mio, procurando escojer las menos ajenas de este lugar, prefiriéndolas por buenos respetos á otras mas conducentes á mi propósito.

Estrañeza notable hubo de causar á Felipe V el pri-

mer sermón á que asistió en España, suponiendo que lo entendiese. Aquel rey, tan francés, que no acertó á llevar la golilla española, con que ahí se le vé retratado; aquel jóven de entendimiento claro, de fino gusto; aquel en cuyos oídos resonarian aun los acentos de Massillon, ¿qué pensaría de sus nuevos predicadores, falsos casi siempre de unción y dignidad, faltos de verdaderos afectos de hombre, sin arte y sin tino? ¡Rara anomalía, señores! Era el clero español entrañablemente religioso; y los predicadores de España no sabian explicar un misterio sin rebajar su grandeza: eran doctos á su manera nuestros oradores; y al dirigirse á los fieles olvidaban que la palabra de Dios debe repetirse como el Señor la dijo: la devoción á los santos en ningún país habia cundido más fervorosa que en nuestra Península; y en las oraciones de panegírico no parecia sino que se empeñaba cada orador en realzar las acciones menos recomendables para el ejemplo: amaban, en fin, los eclesiásticos españoles a su patria, á su rey y á los hombres eminentes que daban gloria al pueblo; y sus ojos, al parecer, no tenian lágrimas para una calamidad pública, ni su corazón júbilo para una victoria: nacía un príncipe, y no sonreían con el niño: fallecía un varón ilustre, y disertaban impasibles ó forzadamente dolidos ante las cenizas del héroe, del sábio, del justo. ¿Sentían aquellos hombres? Como nosotros; pero valiáanse de una pauta para espresar sus sentimientos, que apenas les dejaba manifestarlos con leves indicios: viciado el medio de espresion, viciados y desconocidos salian, como se desentona en el hueco de la bocina la voz más grata. El cuerpo de los moradores de Nínive no era diferente del nuestro; no obstante, las figuras de sus bajos relieves suelen mostrar los dedos mayores de

ambos pies hechos á un mismo lado: lo manda así entonces el capricho del arte, y el escultor asirio, en vez de inclinar la vista y copiarse á sí propio, se fatigaba en imitar un simulacro infiel, calumniador, triunfante de la sábia naturaleza.

Disputa el archiduque la corona de España á Felipe V, que le vence en las llanuras de Almansa; celebra la villa de Caspe el triunfo, y convirtiéndose en catadrático de botánica el orador que predica en la fiesta, reduce su sermón á solos dos puntos: en el primero trata de la rosa, y en el segundo de la azucena: ¡dos flores y no otra cosa más halló en el sangriento campo de la batalla (1)! Después de seis años de matrimonio, logran Felipe y Maria Luisa Gabriela el fruto de bendición deseado; solemniza la corte el nacimiento del príncipe Luis, y atribuyendo un predicador al patrocinio de San José tan feliz suceso, dice lo siguiente, aplicando al patriarca lo que en el Cantar de los Cantares entendemos de Cristo y su Iglesia. «Llenas de jacintos decía la esposa que estaban las manos de su querido esposo, *manus ejus auræ plenæ hyacinthis*; y se ofrece luego la duda si son jacintos, flores ó jacintos piedras: de estas lo entiende Gislerio, de las flores lo explican Casiodoro y Beda. ¡Flores en manos de José! Sí. Y ¡flores jacintos! También. Y ¿por qué razón? Díome la noticia Plinio. En la flor jacinto se hallan escritas dos letras »(Ai), caracteres que dibujó en sus hojas la sangre

(1) Triunfos del soberano Dios de los ejércitos, protector singularísimo de nuestro gran monarca Felipe V, acción de gracias por la insigne victoria que consiguieron las armas de S. M. en las llanuras de Almansa: por el R. P. M. Fr. José Gaudioso Chia. Zaragoza, 1707.

» violentamente vertida del varon Ajax y del niño Jacinto, como lo fijen los poetas y cantó en sus metamorfosis Ovidio: *Et ai flos habet inscriptum*. Luego decir que mi patria tiene las manos llenas de flores jacintos es lo mismo que decir las tiene de PAHL HAY. La consecuencia es legítima, porque ahí hay cuanto se busca. ¿Se desea salud? Pues ahí hay. ¿Se piden lluvias? Pues ahí hay. ¿Se solicitan paces? Pues ahí hay. Es José compendio de todos los beneficios, mapa de todos los favores y cifra de todos los alivios (1)»

Vaticina luego el predicador que el nuevo príncipe ha de ser un leon valeroso, y se pregunta si será tambien vigilante. «¿Quién puede dudarlo? responde. ¿No es galo, ó gallo, por su ascendencia? Así es cierto. Y el gallo, segun Alciato, ¿no es símbolo de vigilancia? En que no hay duda: y lo cantó Ovidio en sus Fastos:

«Nocte Dea noctis cristatus cæditur ales,

«Quod tepidum vigili provocat ore diem.

» Luego nuestro príncipe no puede dejar de ser vigilante; y siendo, como hemos dicho, juntamente leon, siguese que tendremos una perfecta custodia, y que caminará bien.... Alcemos pues los españoles el gallo; que otro gallo nos cantará.»

Si en el año 1707 se oian en Madrid sermones como este, nadie estrañará que por el mismo tiempo se

(1) Oracion panegirica y rendidos cultos que en obsequio del glorioso patriarca San José consagra una devocion afectuosa en hacimiento de gracias por el feliz nacimiento de nuestro serenísimo príncipe Luis el primero, que Dios prospere. Díjola el Rmo. P. Fr. José de Jesus María. Madrid 1708.

predicára junto á Sevilla otro, mas indigno del púlpito, aunque por diferente concepto. En un elogio del venerable fray Juan de S. Francisco, geronimiano, varon de superiores virtudes, y rara destreza en el órgano; lejos de ceñirse el panegirista (1) al justo encomio de la penitente vida y habilidad maravillosa del religioso músico, dijérase que se propuso retratar un jayan de romance, amigo del dinero, de la rica mesa y aun de las damas, colérico y atroz cual un cómitre de galera. «Venir (dijo) dos ministros de justicia á cierta ejecución, y atrevidos al sagrado de esta casa entrarse á profanar sus claustros, cojerlos, meter el padre fray Juan á ambos, meterlos en sus celdas sacar unas disciplinas, hacer que se despojasen y que uno á otro se tuviese, y darles un buen solfea- do fue hazaña de un Briareo de muchas manos á muchos brazos; ya los vereis cruzados. Coger, siendo maestro de novicios, á uno de ellos, tomar á solas para corregirlo, y aunque la tal correccion ac- no es usada y él era ya hombre de bastantes brios, meterle la cabeza entre las piernas y darle muy buenos azotes, dejándolo confuso y corregido, fué caso, aunque oculto, bien sonado, publicando el mismo pa- niente la valentia del maestro y la fuerza de sus bra- zos; ya los vereis cruzados. Faltarle un sujeto que se vendia por amigo, al empeño de una palabra, y basirlo por los cabezones y darle muchas calabazadas contra la pared, fué prueba de su destemplanza; pero

(1) Idea alegórica de un órgano místico, aplicada á las virtudes del V. P. Fr. Juan de S. Francisco, varon insigne de la religion del máximo doctor de la iglesia, san Gerónimo: por el R. P. Fr. Francisco de Lara. Se- villa, 1710.

»tambien fué prueba de su entereza y de la fuerza
 »de sus brazos; ya los vereis cruzados. Encontrá-
 »ronlo en estos últimos dias unos religiosos, y al verlo
 »algo macilento y caído, dijéronle: ¿Qué es este fray
 »Juan? Ya estamos viejos. Y respondió: Sí, sí; pero
 »lleguenme á torcer este brazo.—Pues ¿veis este que
 »no da su brazo á torcer, este Briareo de tantas ma-
 »nos, este Sanson esforzado que quiebra testas de
 »leones, este David guerrero que desquijará osos?
 »¿Veislo? veislo? Pues veislo aquí hecho un corderito
 »manso. Diré el caso.»

El auditorio que me atiende benigno, ¿quiere sa-
 ber el caso con tal ponderacion prevenido por este mal
 aconsejado panegirista? Pues fue solo que otro fraile
 llenó de improprios una vez á fray Juan, y fray Juan
 se marchó sin decirle palabra. Hacerse el sordo quien
 oye que le hablan recio, no es tan sublime rasgo de
 mansedumbre que no le hayan repetido muchos á
 quienes no se glorifica por ello.

Con el estilo chabacano de infinitos sermones,
 iguales á las muestras citadas, ofrecia raro contraste
 el de otros, como el que se predicó en el año 1744
 en el real monasterio del Escorial, dia de san Loren-
 zo, á quien dirigió el orador en su tercer párrafo es-
 te apóstrofe campanudo (1) «¿A donde, abrasado ga-
 »lan pirausta, derretida estuante mariposa, donde gi-
 »ras, te remontas y elevas, que en la flamígera presu-
 »rosa actividad de tus rayos respiras, suspiras y pías

(1) Sermon alegórico, anagógico, panegirico, que
 al fénix de cambiantes españoles rayos, pirausta de rea-
 les religiosos vincencios, el martir invicto español san
 Lorenzo, predicó este presente año el P. Fr. Joaquin
 de Guadalupe. Madrid 1744.



»por la pira de tus incendios?... ¿Adónde, régia, generosa garzota, rizado penacho de plumas en el peinado aire de la esfera, pavón de vistosas matizadas alas, que alimentándote de la incorruptible sustancia del cedro en la frondosidad del mas bien cuajado libano, anidas en el libano del mas incorruptible cedro? Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso; que si acaloras tus derretidas ansias al impulso de tus volantes violencias, el impulso de tus volantes violencias soplará la hoguera de tus derretidas ansias.»

En esta oracion enigmática, donde solo se comprenden los textos porque están en latin, se llama el pan eucarístico «encarnada macolla de teándrica espiga, que en ígnito agosto de calor intensa tranzó la segur de inexorable parca; rubicundo y tostado que por incendios de sus exhaladas finezas se subplantó al trillo de las mas execrables tiranías:» á S. Gerónimo se dá el título de *excintilante* fanal de la Iglesia: el martirio de S. Lorenzo es un *catastro de fuego*: al santo mártir se apellida ó apoda *soasado fénix*; y del fénix fabuloso de Arabia se afirma que conoce su muerte próxima *con el vehemente voraz, agitado soplo de la ética de sus crecimientos*. Por último, habiendo sutilizado el orador bien á sus anchas acerca del amor de Dios á las criaturas, la fé del santo y la hoguera del fénix, concluye el exordio exclamando: «Fuego de Dios y qué fineza! fuego de Lorenzo, y que constancial Y fuego del fénix, y qué AVE... MARIA!»

Muchos y abultados volúmenés se pudieran compaginar de citas semejantes á las que habeis oido, señores: creo, sin embargo, que bastan esas pocas para documentar suficientemente la descripcion que el

señor Ferrer os ha hecho de nuestra oratoria sacra mientras vivieron Felipe V y su hijo Fernando. Aunque pertenece á la historia de la anterior dinastía la investigacion de las causas productoras de tal fenómeno, señaladas las deja el señor Ferrer en lugar oportuno. Diga un filósofo que la depravacion de la elocuencia, como la de cualquier otro ramo de arte y saber, es una enfermedad intelectual en la vida de un pueblo, que las padece lo mismo que un hombre: sostenga un político ser inevitablemente forzoso que todo se vicie donde los monarcas ó saben poco ó valen menos, ó por entregarse á la pisolucion abidcan el cetro en manos de favoritos, hábiles tan solo para mantenerse en su inmerecido puesto, siempre será verdad que el abandono de los estudios buenos hubo de producir malas obras de estudio: á fe que al instante que nuestros oradores volvieron los ojos á la luz hermosa de la verdadera ciencia, ya no se dejaron fascinar de monstruosidades.

Estas, mientras duraron, pudieron ser piedra de escándalo á los enemigos de la Iglesia católica, y motivo de gran mortificacion para los fieles exentos del general contagio; á la fé del pueblo español, no trajo sensible perjuicio. El ministro del Evangelio fue respetado y querido siempre; lo que se decia en la cátedra del Espíritu Santo se escuchaba con reverencia y gusto; las agudezas del predicador gongorino entusiasmaban á los oyentes avezados á aquello: y la buena doctrina, aunque harto escasa y envuelta en brasa, no caia en terreno estéril. Rindamos á aquella época el homenaje que se merece: de oír sermones literariamente viciosos no se formaban malos cristianos: no dañaba el manjar; la sustancia, sí, poca era.

Mas llegó un día en que se desvaneció el prestigio, rodando por tierra el contrabecho ídolo del mal gusto, ludibrio ya de la recta razón. En el convento de la Trinidad de Madrid habia vivido y muerto, rodeado de triunfos, el propagador mas célebre de la oratoria de guirigay, el padre Hortensio Félix Paravicino y Arteaga; contra aquel monasterio parece que fué dirigida la piedra que derribó la estatua con pies de barro; de la libreria de Gabriel Ramirez, frente á la Trinidad, salió el alborotador *Gerundio*, declarando la guerra á los predicadores de despropósitos. Retrato de persona determinada le creyeron algunos: á la verdad con las letras del burlesco nombre fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, se construye tambien el de Ortensio Félix (1) Parauicino y Arteaga. Cobra alguna fuerza esta observacion cuando recordamos que el autor del *Gerundio* publicó la traduccion del *Gil Blas* disfrazando su nombre con el de Joachin Federico Issalps, anagrama perfecto de Joseph Francisco de Isla, y anagramatizó además en la propia novela una porcion de títulos, llamando duque de *Melar* al de *Lerma*, y conde duque de *Valdeorles* al de *Olivares*. Débese empero, declarar paladinamente que en nada se asemeja el rudo y mentecato de fray Gerundio al ingeniosísimo y urbano fray Hortensio Felix, cuyos mas vituperables errores prueban, por su naturaleza, misma, extraordinaria capacidad y talento. Con las letras que abarca el largo nombre de fray Gerundio y sus alias pueden hacerse combina-

(1) 'O *Féliz* ó *Félix Parauicino*: el uso de la *u* por *v* y de esta por aquella era frecuente en el siglo 'IIAX y aun a principios del siguiente.

ciones de nombres y apellidos bien diferentes; no componen ellas tampoco el anagrama exacto de fray Hortensio Felix Paravicino y Arteaga, porque sobran cuatro y hay que repetir algunas: quizá denominó así el padre Isla á su héroe, pura y simplemente porque tuvo á la vista la comedia de Moreto muy popular entonces intitulada *El licenciado Vidriera*, cuyo gracioso, que es un estudiante gorrón, se llama Gerundio. Otro Gerundio, nombre dado á un poeta fingido, se lee también en la *Dorotea* de Lope. Si el del padre Isla fue caricatura de real y verdadera fisonomía, de inferir es que tomase por original la de algun predicador coetáneo, escogiendo entre los innumerables que provocaban á su pincel satírico.

Dura fué la lección, pero merecida y útil, como deja el señor Ferrer demostrado. El audaz Quevedo, que no dudó comparar ciertos sermones con los disparates de Juan de la Encina; Gracian, que zahería en su *Criticón* á los oradores que iban á lucirse con máximas de Séneca y conceptos de Ovidio, como si no hubiésemos tenido un San Pablo; fray Gabriel Morales, que en su «Visita general del Rey supremo Dios,» impresa en 1631, calificó de predicadores del demonio á los que profanaban la cátedra del Evangelio con escandaloso lujo de pueriles cláusulas, vanidades y cuentecillos del siglo; estos y otros escritores sensatos, testigos del mal, que clamaban por el remedio, no consiguieron en dilatados años el triunfo que el sagaz padre Isla, por llegar á tiempo, logró en muy breve período. Otra voz resonó desde entonces en los templos de España; si en 1771, trece años después de la aparición del Gerundio, se imprimía en Granada una extravagante oración fúnebre que llevaba por tí-

tulo *El Zorobabel amplificado* (1). contra ella corría luego una punzante sátira, vigorosa protesta del sano juicio, resuelto ya a no consentir que se delirase de aquella manera.

Con el loor que les es debido, ha mencionado el señor Ferrer al apóstol de Andalucía fray Diego de Cádiz y á los principales oradores evangélicos de su época, en la cual, si bien es cierto que apenas descolló uno hasta igualarse con los Granadas y Bourdalues, muchos contaba el clero español merecedores de grande estima, ocupando el primer lugar los dignos canónigos de San Isidro. Diferencia va de los panegíricos arriba citados á los que en elogio de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino predicó en Madrid por los años de 1776 y 77 el inquisidor don Felipe Beltran, obispo de Salamanca. «¿Qué »jemp'ar (dice hablando del doctor Angélico), qué »jemplar mas perfecto pueden proponerse los estudiosos para no naufragar en el escollo en que tantos »perecen? Aquí pueden aprender á no estudiar solamente por saber, que es una vana curiosidad; ni »para ser aplaudidos y famosos, que es una torpe vanidad; ni para vender su sabiduría por honras y dignidades, que es una vil negociacion, sino para aprovecharse á sí mismos, lo que es verdadera sabiduría, »y edificar á los otros, lo que es excelente caridad.

(1) El Zorobabel amplificado y amplificador de la religion y del instituto de la santa hospitalidad, oracion fúnebre que en las honras al Rmo. P. Fr. Alonso de Jesus y Ortega, general de la susodicha esclarecida religion, dijo el M. R. P. Fr. Francisco Sotelo. Granada, 1771.

»Aquí pueden aprender el uso que han de hacer de
»las ciencias y el modo de adquirir aquella sabidu-
»ría, que no hace sabios disputadores, sino virtuosos
»obradores; que no hincha y ensoberbece, sino que
»enamora de Dios é inflama en su amor. ¿Qué maes-
»tro pueden proponerse mas excelente? Tienen en él
»un doctor de la verdad y un modelo de la piedad;
»un maestro profundamente sábio y profundamente
»humilde; estudioso sin tibieza, sin sequedad; dis-
»creto, juicioso, atento siempre, con mas firmeza que
»el iman al Norte, á la doctrina del Evangelio y de la
»Iglesia, y dispuesto á desmentir antes á un ángel
»que á faltar á las revelaciones de aquel y á las de-
»finiciones de esta.»

Mayor distancia hallaríamos aun de los sencillos sermones, de las casi familiares pláticas de fray Diego de Cádiz, á los que habia producido, tan hinchados y tenebrosos, la primera mitad del siglo cuya honra fué. Poco elocuente aparece leído, poco se recomienda como escritor fray Diego de Cádiz; como fervoroso misionero, como sembrador feliz de la divina palabra, no tuvo igual. Predicando en Málaga sobre las excelencias de la caridad, que nos manda perdonar las ofensas y socorrer al necesitado, prorrumpió: «¡Ah
»Málagal; Málaga ¡que infeliz te hace tu temporal felici-
»dad, y qué precipitadamente caminas á tu propia
»ruina y á tu eterna perdicion! Si; porque no habien-
»do en tí misericordia para perdonar y amar al que te
»injeria, ni para subvenir con la espiritual y tempo-
»ral limosna á los necesitados, es forzosa consecuencia
»que no la halles despues en Dios para salvarte y per-
»donarte, porque es de fé que del mismo modo que
»tratáremos ó juzgáremos á nuestros prójimos, habre-
»mos de ser juzgados por el Señor, y que seremos me-

»didos en su reclusísimo tribunal con la propia medida que los midiéremos, y aun con mayor rigor.» Al proferir con tono profético estas amenazas, cuyo formidable son henchía el espacioso ámbito de una plaza (porque la voz del P. Cadiz no cabía bajo otra bóveda que la del cielo, por quien era inspirado); al ver aquellos grandes hermosísimos ojos centellear como estrellas, á la manera que los del anciano del Apocalipsis; agitada la luenga venerable barba, pura y limpia como la nieve; puesta en alto la enjuta diestra que parecía empuñar el rayo devorante del Juez tremendo, lágrimas y sollozos de compuncion profunda arrancaba á la vez al pecador y al justo, al magnate y al pobre, á rudos y sabios, al advenedizo hereje y al fiel indígena, rendidos y postrados igualmente unos y otros al irresistible poder de la voz de Dios, que brotaba de los labios de su siervo santísimo.

Así tambien, cuando en el año 1795 invadieron lo, franceses el suelo de España, conmovía, encendías arrebatada en generoso furor bélico á sus leales paisanos los montañeses, empeñándolos en la defensa de sus hogares, el capuchino fray Miguel de Santander, obispo auxiliar, entonces dignísimo, de Zaragoza.—Pero al nombrar á Zaragoza, señores, mi corazón y mis ojos, no respetando la barrera entre el siglo que pasó y el que pasa, buscan sin querer al orador sublime y serviente patriota que pronunció el elogio de aquella ciudad en Madrid el año de 1818. A nuestros dias pertenece el suceso: el predicador nació, estudió, practicó y enseñó elocuencia en el siglo pasado: de sus oraciones en aquella época no he visto ninguna, porque no se han impreso; sustitúyalas esta, que no pierde por mas cercana. Don Nicolás Antonio Heredero y Mayoral, que en un mismo dia se graduó de doctor y celebró

su primera misa, que en un mismo día también tomó posesión del curato de Santa María de Alcalá y de la cátedra de elocuencia en la universidad, blason de Cisneros, decía así á un auditorio de aragoneses en el reducido templo de Monserrate:

«La corte dá la primera seña, lanza el grito penetrante de Mayo, que se oye en todos los confines de la península.

«Aragón le siente más inmediato, su conmoción es por consiguiente más violenta, el enemigo acude presuroso á contenerla; pero pronto reconoce cuán difícil es reprimir la erupción de un volcán. Queda escarmentado en la memorable acción de las horas de Zaragoza, donde los hijos de esta ciudad, casi sin otras armas que el hieldo y las hoces del agosto, recogieron abundante mies, segando enemigas cabezas. La gloriosa defensa de la Aljafaría, que solo tiene de ciudadela el nombre, detiene largo tiempo con el asombro el ímpetu de las huestes no acostumbradas á encontrar resistencia. El usurpador astuto suspende la violencia y acude á la persuasión: un enviado suyo viene convidando con la paz, prometiendo felicidades y ostentando un nuevo código legal... (1) ¡Oh! no vuelve mensajero: el aragonés no recibe la ley de mano extraña... no hay paz con los pérfidos tiranos: ¡guerra, guerra!

«A esta voz los vencedores de Austerlitz y de Jena se apiesuran á mancillar sus glorias en el ataque de una ciudad abierta y desmantelada... ¡Ay! la horrosa explosión del repuesto de municiones sepulta

(1) Van separadas con puntos suspensivos las supresiones hechas en obsequio de la brevedad; pero todo el sermón es igualmente bello.

»mil patriotas entre las ruinas de centenares de casa
»que franquean al enemigo la entrada de la ciudad;
»sus valientes defensores, por una nueva táctica, for-
»man parapetos de cadáveres. No solo pelean los va-
»rones, sino tambien las matronas y las pundoñoro-
»sas doncellas: su voz insinuante y persuasiva infun-
»de nuevo valor á los combatientes, que reciben de
»sus delicadas manos la municion de guerra, ó las
»vendas de sus heridas, ó el refresco en la fatiga.
»Allí una célebre baronesa construye y defiende
»baterías, y es la *Consolacion*, y el cohorte de
»los guerreros: allá una brava serrana maneja el
»fusil y el cañon, y venga la muerte de los pa-
»triotas. El enemigo se avergüenza de tan inde-
»coroso combate, y cubierto de oprobio se pone en
»precipitada fuga. ¡Oh memorable dia cuatro de
»agosto, dia del heroísmo y del solemne triunfo de
»Zaragoza! Yo veo renovado aqui el triunfo del pue-
»blo de Dios en tiempo de Débora.... Entonces en-
»tonó aquel sublime cántico, que en admirable con-
»sonancia repitieron los victoriosos zaragozanos.

»
»...Cisnes del Ebro... cantais para morir... Ya la
»ciencia infausta de los ingenieros prepara en regla la
»destruccion de una ciudad, cuyos muros son propia-
»mente unastapias, recientemente formadas de escom-
»bros y de barro; arruinarlos no será mucha gloria;
»defenderlos es heróica empresa.

»
»Ya no osa el enemigo parecer frente á frente; á
»ocultarse vá bajo la tierra, á hacer guerra furtiva y
»tenebrosa con el arbitrio de de las minas. Sí; solo vo-
»lando los fundamentos de la ciudad heróica, puedes
»prometerte su conquista: pero tus hornillos servirán

»para acrisolar su heroísmo. A la violencia de la es-
 »plosion se desploman unos tras otros los mas fuertes
 »edificios: siete templos sucesivamente van cayendo
 »por tierra. Los impíos profanan estas moradas de
 »la santidad, lanzando de allí los guerreros piadosos,
 »por si pudieran desinembrar de sus corazones parte
 »del espíritu de religion que los hace invencibles;
 »pero antes bien este espíritu, al paso que le falta
 »el desahogo exterior, vá concentrándose en el fondo
 »del alma y en el único asilo que le resta, del templo
 »del Pilar. Contra este pilar se han estrellado vuestras
 »bombas sin poder derribarlo, porque sepais que asi
 »Dios que da lugar á otras sagradas ruinas, le plugo
 »contenerlas y dejar subsistente el primitivo y privi-
 »legiado alcázar de la devocion aragonesa. Asido el
 »aragonés á su columna, bajo el manto de su patro-
 »na, recibe un aliento sobrehumano; y tenaz en su
 »justo propósito, si el orbe se desmoronase, sin susto
 »perecerá bajo sus ruinas.

»El Ebro y el Gállego con todos sus raudales no han
 »podido apagar el fuego de cincuenta cañones y de
 »innumerables proyectiles que abrasan el famoso ar-
 »rabal; sus intrépidos defensores se abren paso por
 »entre espadas y llamas: parte se interna osadamen-
 »te en la ciudad: tras ellos viene el enemigo concen-
 »trando sus fuerzas, procurando avanzar por entre
 »cadáveres y escombros: humanos espectros y esque-
 »letos vivientes le asombran todavía saliéndole al en-
 »cuentro. Rodea en fin la calle del Sepulcro, cuyo
 »nombre corresponde perfectamente á su conquista...
 »Conquistado habeis, valientes del Sena, un sepulcro,
 »un panteon, un cementerio; que ya no es mas Za-
 »largoza. Cincuenta y cuatro mil cadáveres, cuyos

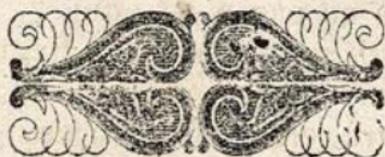
»huesos yacen esparcidos por el vasto ámbito de la
»ciudad, ofrecen en ella el espectáculo del campo lle-
»no de huesos que vió Ezequiel profeta.

»...El patriarca Jacob.... despues de una misteriosa
»lucha, herido en su humanidad, ve una escala por
»donde bajan y suben los ángeles, y cuya cima ocupa
»Dios mismo. Aplicad, ángeles santos, vuestra esca-
»la, y dad la mano á los combatientes de Zaragoza,
»para que escalando el cielo, suban al seno de Dios.
»Mientras los carros funerales de la heróica ciudad
»estremecen corriendo para trasportar millares de
»cuerpos muertos, el carro flameante de Elías, en
»que perdió de vista, la tierra, vuelve para condu-
»cir á la region de la inmortalidad esos mismos ca-
»dáveres vivificados.»

Larga ha sido esta cita con que ya finalizo; pero
otra cosa es esto que la rosa y la azucena de la ac-
cion de Almansa: los oradores mas célebres de Es-
paña y de fuera no pasan de aquí.

Tampoco yo debo ir mas allá. Regular apoyo me
parece que lleva el imparcial juicio hecho por el señor
Ferrer de nuestra oratoria sacra en los reinados de
los cinco primeros Borbones: mucho se debe prome-
ter la Academia del que piensa y escribe así. Réstame
ahora implorar la indulgencia de mis oyentes, que de-
ben alguna á quien, desviándose de sus habituales y
profanas tareas, diserta, mandado, sobre la oratoria del
púlpito. Allá en la márgen del Sena, entre los cimien-
tos del templo de San Felipe du Roule, una tumba hu-
milde guarda por ahora los despojos mortales de un
compatriota nuestro, cuya voz resonó entre aplausos
desde este sitio, con muchos mas desde la tribuna par-
lamentaria. Allí yace, deseando aun sin vida tornar al

dulcísimo nativo suelo, el Excmo. señor D. Juan Donoso Cortés, hombre público y escritor eminente, á quien la posteridad, por mas rígida que le juzgue, no rehusará de seguro la corona de la elocuencia. Aquel benemérito individuo de la real Academia española, á quien afflige tan grave pérdida, no enjutas aun las lágrimas debidas al ino'vidable D. Juan Nicasio Gállego, hubiera manejado con pluma fácil mi asunto de hoy, propio enteramente de sus estudios é inclinaciones: Él, con los vuelos magníficos de su imaginacion impetuosa, con sus atrevidas frases, brillantes argumentos y enérgicos tonos, con sus altas prendas oratorias, en fin, os hubiera tenido pendientes de aquellos labios que una muerte prematura acaba de condenar á perpetuo silencio. Yo le consagro el mio, respetando sus calientes cenizas.





1085659



